

“Una ciudad está compuesta por diferentes clases de hombres; personas similares no pueden crear una ciudad”.

ARISTÓTELES

Teoría Manuel Asensi
Chris Dercon



Condiciones Posmodernas JORGE RIBALTA

El curso *Condiciones posmodernas* tuvo lugar en otoño de 2001 en el MACBA, organizado conjuntamente con la ETSAB de la UPC y contó con la colaboración del ICE de la UB. Su objetivo era hacer aportaciones críticas para entender de manera compleja el concepto polémico de posmodernidad y en particular la ruptura histórica que supone.

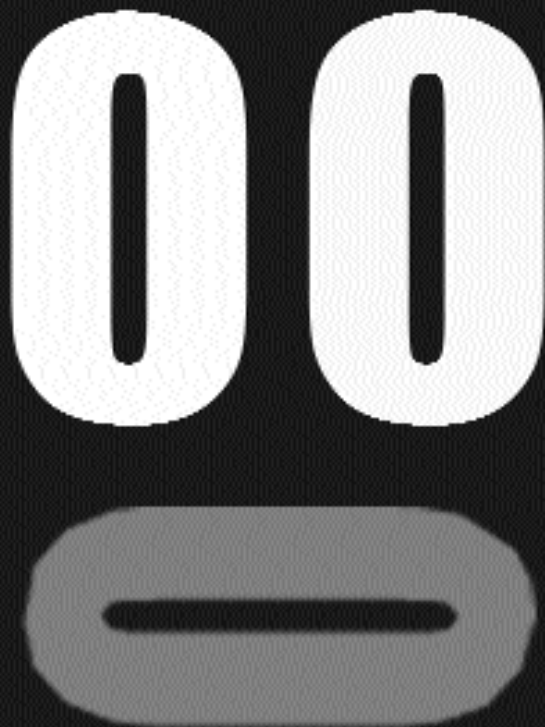
De acuerdo con teóricos como David Harvey o Fredric Jameson, la década de los sesenta es el momento en que cristalizan las condiciones históricas de la posmodernidad o capitalismo tardío: el paso al capitalismo post-industrial o posfordismo, la Guerra Fría y la culminación e inmediata crisis del Estado del Bienestar, la aparición del Tercer Mundo como categoría política, el momento en que la televisión transforma la esfera pública y

hegemoniza los medios de comunicación, y el momento a partir del cual el consumo se convierte en una categoría cultural crucial en el Occidente capitalista. Es también el momento de la eclosión de nuevos discursos críticos en los diversos órdenes sociales, políticos y culturales, cuyo emblema sería el Mayo del 68.

El curso se desarrolló en torno a tres ejes: el legado político del 68 y el papel de los nuevos movimientos sociales como nuevo sujeto político emergente ante la crisis de representación política que se abre con la caída del muro y la desaparición del socialismo real; la ruptura de la oposición de alta y baja cultura y el surgimiento del paradigma de los Estudios Culturales, que comporta una reinterpretación de la cultura popular y los procesos de consumo que rompe con

el paradigma moderno de autonomía estética cuyo emblema es Adorno; y, finalmente, la aparición de un nuevo paradigma comunicativo en el arte contemporáneo y la hibridación de las artes visuales y el cine, en el sentido de un proceso de “audiovisualización” que todavía continúa y que va de la mano de las aportaciones de las nuevas tecnologías.

En el curso participaron Josep María Montaner, Manuel Asensi, Francisco Fernández Buey, Horacio Fernández, Viviana Narotzky, Antoni Mercader, Jorge Luis Marzo, Maite Ninou, José Luis Brea, Vicenç Navarro, Juan Antonio Suárez, Luis Puig, Narcís Selles, Javier Codesal, Jordi Borja, Manuel Castells y Chris Dercon.



Manuel Asensi

¿QUÉ ES LA DECONSTRUCCIÓN DE JACQUES DERRIDA?

Ilustraciones Boris Hoppek

La deconstrucción es un modo de resistencia política ante cualquier forma de fascismo, posiblemente una de las estrategias políticas más liberadoras desde que el marxismo y sus variantes demostraran sus terribles limitaciones. Mi planteamiento queda, en este sentido, muy lejos del de Paco Vidarte y Cristina de Peretti cuando al afrontar la relación entre política y deconstrucción aseguran que “nuestra intención (...) no es ni politizar la deconstrucción ni hacer una defensa a ultranza de algo así como un ‘inegable carácter político’ de la deconstrucción”. Aquí definiendo, precisamente, que la deconstrucción tiene un innegable carácter político, si bien no se gana mucho articulándola, por ejemplo, con el marxismo, tal y como deja ver el trabajo de Michael Ryan. Pero para llegar a esa conclusión es necesario explicar por qué razón la deconstrucción no es un simple juego textual basado en la frase de Derrida, tan mal comprendida, tan bien tergi-

versada, según la que “no hay fuera del texto”. Es necesario exponer la deconstrucción con un lenguaje diferente al que se ha venido utilizando hasta ahora, releerla, re-orientarla, re-inventarla, darle un empujón. El interés explícito por la relación entre deconstrucción y política no es ninguna novedad en el pensamiento de Derrida o en el de Paul de Man, y para ello basta pensar en la entrevista que Jean-Louis Houdebine y Guy Scarpeeta le hicieron al filósofo francés en torno a las relaciones entre la deconstrucción y el materialismo histórico. Ese interés se ha visto remarcado con la serie de trabajos que Derrida publicó a partir de *Espec-tros de Marx*, Editorial Trotta, Madrid, 1995. No obstante, el carácter “político” de la deconstrucción se encuentra puesto de relieve en textos tan tempranos como *La voix et le phénomène* (1967a), o *L’écriture et la différence* (1967b). ¿Qué hay que comprender para darse cuenta de que, en efecto, la deconstrucción

tiene, ante todo, un carácter político? ¿Cómo desprenderse de esa visión propugnada por Richard Rorty para quien la deconstrucción pertenece a la tradición de los ironistas privados que en nada afecta al ámbito público?

Y vaya por delante que en estas pocas páginas no se trata de responder a una pregunta acerca de cómo afecta la deconstrucción (que en teoría sería una filosofía, o una crítica literaria o x) a la política, sino de responder a una pregunta acerca del ser mismo de la deconstrucción. Los lectores de Derrida saben que hablar del “ser” de la deconstrucción es algo poco menos que herético dado que la estructura predicativa “X es P” es de orden profundamente metafísico. Pero pronto se entenderá que cuando aquí hago la pregunta “¿qué es la deconstrucción?”, ese “es” lo empleo de una manera performativa (ser es igual a actuar) y que con él habito la metafísica de un modo peculiar.

MANUEL ASENSI

Es profesor titular de Teoría de la Literatura en la Facultad de Filología de la Universidad de Valencia y profesor visitante en la Brigham Young University, Uta. Ha sido profesor visitante en las Universidades de Irving, California y Emory University, Atlanta. Además, ha impartido seminarios y conferencias en distintas universidades americanas y españolas.

Es director de la colección de Humanidades de la Editorial Tirant lo Blanch y de *Prosopopeya* -revista de crítica contemporánea- que publica el Instituto de Estudios de Retórica y el Departamento de Teoría de los Lenguajes. Ejerce de crítico cultural en el suplemento “Culturas” del periódico *La Vanguardia* y desde hace dos años colabora en las actividades y talleres del MACBA.

Su campo de investigación está constituido básicamente por teoría y crítica literarias, literatura española y el cine. Entre sus publicaciones se cuentan los libros siguientes:

Teoría de la lectura (para una crítica paradójica), Madrid, Hiperión, 1986. *Teoría literaria y deconstrucción*, Madrid, Arco, 1990. *La teoría fragmentaria del Círculo de Iena: Friedrich Schlegel*, Valencia, Amós Belinchón, 1992. *Vértigo o Boustrófedon (una lectura de Hitchcock)*, Valencia, Episteme, 1993. *Literatura y filosofía*, Madrid, Síntesis, 1995. *La maleta de Cervantes o el olvido del autor*, Valencia, Episteme, 1996. *Historia de la teoría de la literatura (desde los orígenes hasta el siglo XIX)*, Valencia, Tirant lo Blanch, 1998. *J. Hillis Miller or Boustrophedonic Reading*, Stanford, University of Stanford Press, 1999. *Historia de la teoría de la literatura (desde principios de siglo hasta los años setenta)*, Valencia, Editorial Tirant lo Blanch, 2003.

Dicho de otra manera: hablar de la relación entre deconstrucción y política es algo que surge cuando nos planteamos qué es eso de la deconstrucción.

Una buena vía para entenderla es hacerse y responder las siguientes preguntas: ¿Qué hay que deconstruir? ¿Por qué hay que deconstruirlo? ¿Cómo hay que deconstruirlo? Naturalmente se trata de tres preguntas inmensas que nos llevarían muy lejos en el tiempo y en el espacio. Finjamos, a pesar de ello, que tienen unos límites bien definidos, delimitables, mensurables. Las dos primeras preguntas pueden contestarse conjuntamente: ¿qué hay que deconstruir y por qué hay que deconstruirlo? El nombre de lo que hay que deconstruir es “metafísica”. Dicho así, nombrado de esa manera, se tiene de inmediato la impresión de hallarse entre las páginas que van desde Platón y Aristóteles hasta Heidegger. Y no nos equivocamos, la mejor manera de comprender la metafísica se encuentra en esas páginas. Pero he aquí que la metafísica, en cuanto sistema de pensamiento, impregna la conciencia de los individuos y guía sus acciones. Mukarovsky decía que “el contenido de la conciencia individual viene dado hasta en sus profundidades por los contenidos que pertenecen a la conciencia colectiva”. La metafísica organiza la textualidad en general y, por ello mismo, impregna la conciencia colectiva y la individual. ¿Quiere decir todo esto que estamos diciendo algo así como que metafísica y fascismo son lo mismo? No exactamente, lo que se quiere decir es que pertenece a la estructura misma de la metafísica la posibilidad, históricamente cumplida, de dar lugar al fascismo. En este sentido, nos vale el diagnóstico de Adorno y Horkheimer en torno a la dialéctica de la ilustración. Los análisis de Deleuze y Guattari en torno a los polos paranoide y esquizoide también podrían ser invocados aquí de forma muy productiva.

Estas relaciones son complejas y necesitarían una mayor elaboración, pero digamos que del mismo modo que según la conocida tesis de Adorno-Horkheimer la

ilustración se resuelve en mito, la metafísica, en una de sus posibilidades, acaba históricamente en un fascismo colectivo y/o individual. A fin de cuentas, el argumento heideggeriano de que la ciencia moderna representa la culminación de la metafísica, tiene una significación parecida. Detallemos la cuestión: cuando Heidegger se plantea la pregunta ¿qué es la

“En realidad, lo que la deconstrucción vigila no es la metafísica, sino la posibilidad de que la metafísica devenga fascista, el riesgo potencial autoritario, su matriz más básica, la barra”.

metafísica?, responde: el pensamiento del ser como simple presencia. Podríamos elegir cualquier otra definición, pero no cabe duda de que nos encontramos ante una definición muy operativa. Lo importante de ella no es tanto su contenido como la matriz que crea, el espacio vacío y formal a que da lugar, de manera que los contenidos que históricamente vayan apareciendo en ella, dentro de sus límites, están sobredeterminados por esa matriz. ¿En qué consiste esa matriz? Si el ser se determina como simple presencia, automáticamente se desarrolla una oposición entre la presencia y la ausencia (presencia-ausencia), entre todo aquello que está presente y todo aquello que está ausente en lo relativo al ser. No obstante, lo importante de ese gesto no es tanto la idea de presencia/ausencia como la forma vacía de esa oposición, que no

igual a sino que establece una relación jerárquica en la que un elemento, la presencia, se impone y domina al otro, la ausencia.

Es conveniente darse cuenta en este punto de que esa matriz jerárquica orienta los términos que figuran o que figuren en ella. Da igual que hablemos de presencia/ausencia, vida/muerte, cuerpo/alma, inteligible/sensible, contenido/expresión, realidad/ficción, hombre/mujer, habla/escritura, espíritu/materia, élite/popular, teoría/práctica etc., lo característico es que los términos que aparecen en primer lugar ocupan una posición jerárquica superior respecto a los términos que aparecen en segundo lugar. Para Heidegger, la clave metafísica reside en la oposición entre el ser como presencia y el ser como ausencia. Para Derrida, la base metafísica se halla en la oposición entre el habla y la escritura. Para el feminismo, el problema metafísico se encuentra en la oposición entre lo masculino y lo femenino. Para nosotros, el fundamento de la metafísica se desprende de la barra misma de la oposición (/), una barra que incomunica los elementos que entablan una relación jerárquica. Obviamente, no hay problema en reconocer una diferencia, por ejemplo, entre lo masculino y lo femenino, el problema reside en que esa diferencia crea un efecto de jerarquía. Diremos, por tanto, que lo propio de la barra no es establecer una oposición paritaria (del estilo Zipi y Zape), sino el crear un efecto de jerarquía. Naturalmente, no todas las oposiciones son jerárquicas, pero sí las metafísicas. Abdul Jan Mohamed, empleando una terminología perteneciente a las dos formas diferentes de cálculo en el sistema informático, distingue entre una oposición basada en la negación binaria, que es dialéctica, está sujeta a un orden jerárquico y a la recuperación, y una oposición basada en la negación por analogía, que considera cada elemento como una parte de series diferenciales que no entablan una relación jerárquica.

No parece difícil darse cuenta de que si lo propio de la metafísica es la barra que

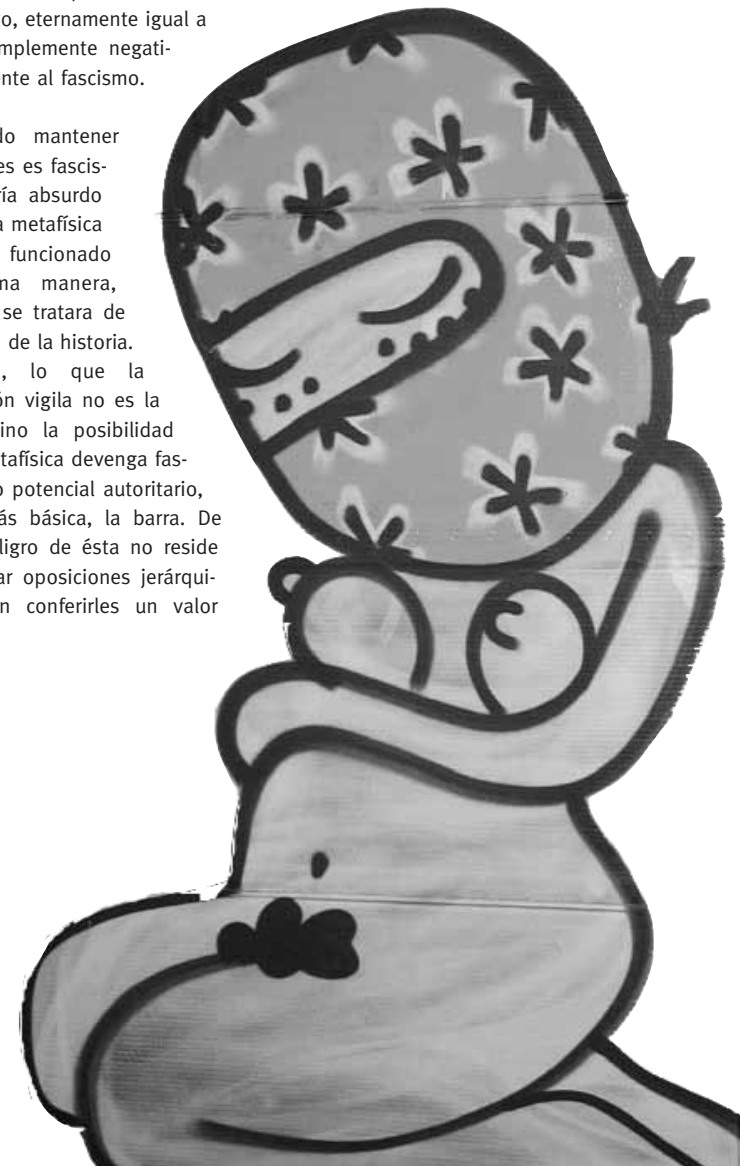
delimita una oposición jerárquica sea del tipo que sea, entonces gran parte de la lucha social y política tiene que ver con esas oposiciones jerárquicas. Se trata de una correspondencia que fue muy pronto detectada por Jean-Joseph Goux en sus trabajos sobre “numismáticas”. Allí ponía de relieve como la represión de la escritura dentro del pensamiento occidental (tesis derridiana) corría paralela a la lucha de clases y a la represión del proletariado (tesis marxistas) y a la oposición detectada por el psicoanálisis entre el objeto falo y el objeto parcial. Cita Goux a Marx en el momento en el que éste asegura que la oposición entre la mercancía y la moneda es la forma abstracta y general de todas las oposiciones que implica el trabajo burgués. La correspondencia fue también vista en el campo del feminismo por Hélène Cixous, quien en el inicio de su texto “la joven nacida” hace notar que el pensamiento siempre ha funcionado por oposiciones, habla/escritura, alto/bajo, “por oposiciones duales, jerarquizadas. superior/inferior. Mitos, leyendas, libros. Sistemas filosóficos. En todo (donde) interviene una ordenación, una ley organiza lo pensable por oposiciones (duales, irreconciliables; o reconstruibles, dialécticas). Y todas las parejas de oposiciones son parejas. ¿Significa eso algo? (...), ¿está en relación con ‘la’ pareja, hombre/mujer?”.

Cuando quienquiera que sea juzga al extranjero, al diferente, al de distinta raza, al de distinta sexualidad, al de distinta condición física, etc., como inferior, entonces está ya incurriendo en la barra metafísica, está siendo guiado por ella. También cuando alguien se aferra a la oposición jerárquica entre el bien y el mal, lo bello y lo feo, la verdad y la mentira, está asimismo instalado en el movimiento propio de la metafísica, está haciendo funcionar la barra. No debe sorprendernos que se haya acabado hablando de “falocentrismo”, porque de esa manera se ha englobado el campo de lo ideal (el logos) y de lo histórico (el falo). Así, pues, la metafísica no es algo que se halle única y exclusivamente en los libros

de filosofía, en el intrincado pensamiento de Heráclito, Platón, Aristóteles, Descartes, Kant, Hegel, etc., sino que guía el campo de las acciones sociales y políticas, tanto personales como colectivas. Uno de los gestos metafísicos por excelencia es el llevado a cabo por los nazis en todo lo referido al genocidio del pueblo judío (sometido a la idea del dominio jerárquico de una raza sobre otra), pero también son potencialmente metafísicos y fascistas actos y decisiones tomados y realizados dentro de un contexto democrático. En este sentido, una buena respuesta a la pregunta ¿por qué hay que deconstruir? es la siguiente: para evitar los totalitarismos en cualquiera de sus formas y manifestaciones. Por supuesto, ello no quiere decir que la metafísica sea algo compacto, eternamente igual a sí mismo, simplemente negativo y conducente al fascismo.

Sería absurdo mantener que Aristóteles es fascista, como sería absurdo pensar que la metafísica siempre ha funcionado de la misma manera, igual que si se tratara de un ente fuera de la historia. En realidad, lo que la deconstrucción vigila no es la metafísica, sino la posibilidad de que la metafísica devenga fascista, el riesgo potencial autoritario, su matriz más básica, la barra. De hecho, el peligro de ésta no reside tanto en crear oposiciones jerárquicas como en conferirles un valor ontológico.

Porque, ¿cómo se legitima una oposición jerárquica? Hay tres cauces habituales: 1) encontrar un centro capaz de explicar y dar sentido a una totalidad (lo que Derrida llama un “significado trascendental” para referirse al hecho de que la historia de la metafísica consiste en la sustitución de un centro significativo por otro), centro sobre el que recae la responsabilidad nada más y nada menos de dar argumentos que justifiquen la prioridad de un elemento de la oposición sobre el otro; 2) situar un origen puro (una arqueología) del que emana la totalidad y que, al igual que el centro (muchas veces coinciden), sirven para explicar y dar coherencia a las oposiciones



“La deconstrucción hay que inventarla siempre, a cada paso, sin cesar, de ahí su enorme potencialidad creativa”.



binarias jerárquicas (piénsese en cómo los nacionalismos y los integristas buscan obsesivamente un origen que les dé la sensación de identidad y justifique sus reivindicaciones); 3) postular una finalidad (una teleología) que al igual que lo anterior dota de sentido una distribución jerárquica de papeles. La filosofía del espíritu de Hegel es una línea maestra en lo que a ello se refiere, de hecho toda la historia, toda la jerarquía de los espíritus, toda la jerarquía de las diferentes formas artísticas, se justifica en virtud de ese caminar del Espíritu hacia su triunfo y esplendor finales. La teoría aristotélica de las causas, con todas sus extensiones

El lema sería algo así como: no imites la deconstrucción, invéntatela. ¿Cómo delimitar lo que siempre está por inventar? No obstante, lo que sí que está claro es lo que la deconstrucción busca: poner patas arriba el discurso metafísico, logocéntrico o falogocéntrico allí donde se presente: en la filosofía, en el arte, en la política, en el derecho, en la sexualidad. Por ello, la deconstrucción no es ni una filosofía, ni una teoría literaria o artística (por mucho que en estos campos haya mostrado su efectividad, por mucho que autores como Gasché hayan demostrado que el ámbito de discusión más propio de Derrida es el fenomenológico), sino

si la invertimos, si el término secundario, marginado, lo ponemos en situación de dominio y marginamos ahora el término que antes era prioritario (hacer tesis del estilo: frente a la oposición Pene/dildo, donde el dildo es visto como un suplemento del pene, digo ahora Dildo/pene, invirtiendo el esquema de la prioridad y argumentando que el pene es un suplemento del dildo), entonces reproducimos la misma metafísica sólo que con una cara diferente. La matriz fascista corre el peligro de potenciarse.

También es Derrida quien ha señalado cuál es la finalidad de la deconstrucción.

“El deconstructor puede aprovecharse de una cierta andadura deconstructiva, de un trabajo precedente. La deconstrucción es siempre una crítica experimental”.

que van desde lo metafísico hasta lo político pasando por lo poético, es una maquinaria perfecta al servicio del marco que recorta un origen puro (en tanto causa primera o causa eficiente), una finalidad (causa final), y un esencialismo (causa material, forma) sobre el que descansan las grandes oposiciones aristotélicas (materia/forma, potencia/acto, etc.).

¿Cómo se deconstruye? Se trata de otra pregunta inmensa, imposible de delimitar. Derrida, como Paul de Man, no se ha cansado de repetir que la desconstrucción no es un método, un esquema general que se pueda aplicar a cualquier objeto, texto o contexto. La deconstrucción hay que inventarla siempre, a cada paso, sin cesar, de ahí su enorme potencialidad creativa. Sus estrategias son contextuales, locales, y lo que es válido para un contexto quizá no lo sea para otro. El deconstructor puede aprovecharse de una cierta andadura deconstructiva, de un trabajo precedente. La deconstrucción es siempre una crítica experimental. De ahí que cuando los seguidores de Derrida o de Paul de Man se limitan a imitar los recorridos de éstos el resultado es, demasiadas veces, lamentable.

una política que afecta a la totalidad de los campos del saber, una política que toca y afecta a la idea de límite, separación, polaridad, frontera, jerarquía, origen, finalidad, etc.

Pero para poner patas arriba el discurso metafísico hay que aprender de los errores de todos aquellos que han pretendido salirse de la metafísica (Kant, Nietzsche, Heidegger, Derrida, Paul de Man), hay que seguir una cierta lógica de la equivocación. Y el primer error es pensar que podemos salir fuera de la metafísica, del fascismo, simplemente saltando fuera de ella, apartándonos de ella, no queriendo saber nada de ella. Y ese error se debe a que pertenece a la estructura esencial de la metafísica el querer salirse de ella misma. Algo así como si dijéramos: el gran error metafísico es la voluntad de salirse de la metafísica. Pero, claro, tampoco se gana nada permaneciendo dentro del edificio metafísico, conviviendo con él, dejándose contaminar por él. Derrida ha visto muy bien el problema: si una oposición jerárquica la dejamos tal y como la encontramos por miedo a incurrir en otra metafísica, entonces somos esclavos de esa oposición y del sistema que la sostiene. Pero

Ante una oposición jerárquica se trata de que la barra se vuelva líquida, porque “en el líquido, los opuestos pasan más fácilmente uno dentro de otro. El líquido es el elemento del fármaco. Y el agua, pureza del líquido, se deja más fácilmente, más peligrosamente, penetrar y luego corromper por el fármaco, con el que se mezcla y compone de inmediato” (Derrida, 1972: 231 de la trad. esp.). Dicho de otra manera: lo que la deconstrucción persigue, en una estrategia sin finalidad (para evitar la teleología metafísica), es que la barra que mantiene una oposición jerárquica se torne blanda, de manera que los términos que permanecían separados rígidamente se interpenetren, se toquen, se contaminen entre sí (¡contaminame! dice una canción de Ana Belén). Invertirlos es algo que sólo funciona en un primer movimiento deconstructivo, algo que pueda ayudar a volver líquida la barra, pero si todo se limitara a esa inversión, la barra, la molaridad, se endurecería de nuevo. Tras ese posible primer movimiento, la andadura derridiana pone de relieve que es necesario producir un tercer término cuya función es sostener la oposición en estado de carencia, en estado de negatividad, en una dialéctica no superable, demostrar que su uso es





...“Obviamente, no hay problema en reconocer una diferencia, por ejemplo, entre lo masculino y lo femenino, el problema reside en que esa diferencia crea un efecto de jerarquía”.

meramente pragmático, que no está basada en ningún criterio de verdad. Es un tercer término que escapa a la lógica binaria, a la conceptualidad, que responde a un criterio de contradicción en el que es posible argumentar que “es esto y lo otro” y, al mismo tiempo, que “no es esto ni lo otro”. Es un indecible, una infraestructura (en sentido no marxista). Se podría decir que la obra de Derrida ha consistido desde los años sesenta hasta la actualidad en una interrumpida producción de indecibles (archi-escritura, diseminación, huella, parergon, différence, ruina, ceniza, himen, espectro, suplemento, fármaco, subyectil, etc.).

Piénsese en las posibilidades que se desprenden de este planteamiento contaminante si lo aplicamos a problemas como el racismo, la discriminación sexual o los nacionalismos. El trabajo de Derrida en el campo filosófico y/o literario es un posible modelo para una política generalizada. En cualquier caso, la deconstrucción siempre debe evitar sentirse abrumada por el contexto en el que opera, por aquello de lo que trata de huir, y abrirse a lo nuevo, a lo experimental, a una salida cuyo rasgo es haber sido capaz de crear algo nuevo desde el interior del edificio que se pretendía deconstruir. Y llegamos con esto al último punto que aquí sólo puedo esbozar. ¿Cómo se vuelve blanda la barra? ¿Cómo se llega a esos indecibles? ¿Cómo crear lo nuevo sin derruir lo viejo? ¿Cómo arrastrar los valores de centro, origen y finalidad? El procedimiento deconstructivo está siempre por inventar, las recetas previas tienen un

valor limitado y deconstruir a Derrida o a Paul de Man es algo muy aconsejable en este terreno experimental (hay un dicho budista que dice: “Si encuentras al Buda, mátalos”). Ya lo hemos dicho. Sin embargo, los trabajos de Derrida y Paul de Man han trazado unos caminos que es necesario tener en cuenta. A riesgo de simplificar mucho, a riesgo de incurrir en la metafísica, y auto-vigilando esta incursión, digamos que es necesario distinguir entre textos téticos o molares y textos no-téticos o de fuga (mezclemos Derrida y Deleuze, que se contaminen).

Un texto tético o molar proviene habitualmente del discurso metafísico, filosófico, ético o político, y su característica más obvia es la de defender una posición determinada. Para ello, recurre al concepto, a la demostración, a la silogística, a las oposiciones. En estos casos (La voz y el fenómeno es un buen ejemplo de ello, pero también “La farmacia de Platón”), la deconstrucción halla en el nivel del lenguaje, en alguno de sus planos (fónico, morfológico, sintáctico, semántico o lógico), en su etimología, o entre las partes del texto (título-texto principal, texto principal-nota a pie, etc.) una inconsecuencia, una contradicción, que hace vacilar la posición que se está defendiendo. En varias ocasiones Derrida menciona la necesidad de oponer el autor a sí mismo. Un texto no-tético o de fuga proviene generalmente del campo tradicionalmente calificado de “literario” o de “artístico”, y su peculiaridad más evidente es la de no mantener una posición determinada, es decir, la de ser irónico.

Explota la ambigüedad, la metáfora, las analogías, los anacolutos sintácticos, los juegos de palabras, las asociaciones fónicas, los vínculos cromáticos, formales o de textura. En este caso (“La carta postal”, Glas, “Ulises gramófono”, Alegorías de la lectura, The Linguistic Moment, etc.), la deconstrucción sigue el camino que el texto traza con el fin de auto-deconstruirse y, con ello, provocar indecibles textuales (no ya trascendentales, como en el otro modo) que subvierten la conceptualidad metafísica. Este seguir el camino que el texto traza se puede hacer, asimismo, mediante el uso de técnicas vanguardistas dentro del discurso filosófico, crítico-literario, o, por qué no, político. Y, claro está, los procedimientos empleados con textos téticos y con los no téticos muchas veces se intercambian, se cruzan, de nuevo se mezclan. Insisto: la deconstrucción es inventársela.

MANUEL ASENSI PÉREZ